

Páginas selectas

LA ESCUELA PRIMARIA: SUS FINES Y SUS METODOS — — EN FUNCION DE LA SALUD MENTAL DEL NIÑO

La escuela como instrumento de desarrollo del niño.—Hará unos veinte años pudo escribirse que el período comprendido entre los cinco o los seis años, y los once o los doce, era «la edad oscura de la infancia». Es muy cierto que hasta ahora se ha descrito y estudiado menos el desarrollo y la formación de la personalidad en el transcurso de la infancia media que el de la primera infancia o la adolescencia. Sin embargo, se han realizado muchas investigaciones acerca de las exigencias de orden psicológico, ocasionadas por las asignaturas de los programas escolares, de los aspectos intelectuales del aprendizaje, del desarrollo de la inteligencia y de la formación de los conceptos, así como de los intereses que puedan tener un valor educativo. Existen, asimismo, numerosos estudios sobre las inadaptaciones que se presentan en forma de desórdenes del comportamiento durante los primeros años de vida escolar.

Subsiste, a pesar de todo, cierta confusión en lo referente a la verdadera misión de la escuela en la educación y el desarrollo de los niños que están entre los cinco o seis años y los once o doce; el motivo de ello es que, en cierto modo, no hemos llegado a un acuerdo en el método ni en los fines de la educación primaria. La escuela, con sus exigencias, sean cuales fueren los principios en que esté inspirada, es responsable, en parte, e incluso en una parte esencial, de las influencias que se ejercen en la formación del niño desde la edad de cinco o seis años hasta los catorce, o incluso hasta más tarde. Hay que admitir, pues, que los objetivos de la educación constituyen factores importantes que condicionan esta formación, y que el desarrollo de la personalidad no puede considerarse como un proceso psíquico autónomo. En consecuencia, si los programas y los métodos han de concebirse en cuanto al niño, en el sentido de que es preciso tener en cuenta las necesidades individuales de cada alumno y respetar las distintas capacidades, deben también serlo en función de la colectividad, en el sentido de que la escuela tiene por objeto preparar al niño para transformarse en un adulto capaz de participar lleno en la vida del grupo humano, al que pertenece, y contribuir al desarrollo de ese grupo.

La argumentación y los métodos de muchos educadores progresistas se basan en la idea de que la disciplina nace del libre ejercicio de las tendencias naturales de los niños y de los adultos que forman la colectividad y que este libre ejercicio recíproco impone una especie de autodisciplina y la observación de las reglas indispensables a la vida en sociedad. Puede sostenerse, sin embargo, que en el ser humano existen tendencias al desorden —lo que la teología cristiana, por ejemplo, explica por medio del pecado original— y que, al menos en los primeros estadios de su crecimiento, los niños precisan de la ayuda de los adultos para llegar a una transacción con estas tendencias y dominarlas. Ciertas escuelas que se llaman progresistas permiten la satisfacción ilimitada de las necesidades de sus alumnos, descuidando así los principios fundamentales para un desarrollo mental realmente sano: la seguridad que se adquiere con el conocimiento de los límites impuestos por una disciplina benévola, y la capacidad para aceptar, sin frustración o subordinación injustificadas, las restricciones que constituyen la condición preliminar e indispensable de toda vida en sociedad.

Podemos admitir que la educación debe permitir, e incluso asegurar, la más completa expansión posible de las capacidades individuales; pero si su forma no está condicionada por las exigencias sociales, esta expresión no será sino un egocentrismo en estado bruto. Afortunadamente, toda escuela constituye una especie de colectividad e impone por ello una disciplina. En la mayoría de las escuelas el personal docente, sean cuales fueren sus defectos, representa a la sociedad de los adultos, en la que el niño habrá de ingresar más adelante; por muy ciega y torpemente que este personal se conduzca con frecuencia, impone ciertas reglas que él mismo practica en su existencia cotidiana. Sin embargo, parece ser que no puede asegurarse un desarrollo mental y afectivo satisfactorio, ni por medio de una libertad rayana con la licencia ni por una disciplina fría y rígida, unida a exigencias imposibles.